

# LA DEMOCRACIA CRISTIANA FRENTE AL RÉGIMEN DE ONGANÍA. UN ABORDAJE DESDE EL CASO TUCUMANO

GERMÁN AZCOAGA

Germán Azcoaga es Becario de Posgrado del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Tucumán.

e-mail: germanazcoaga@gmail.com

## Resumen

Este artículo analiza la postura de los demócratas cristianos de Tucumán frente al régimen de Onganía, entendiendo que debido a los notorios puntos de coincidencia en lo ideológico entre ambos, el gobierno representó para aquellos una oportunidad de acceder a posiciones de poder. Sin embargo, frente al rumbo ambivalente de la dictadura y a las consecuencias sociales y económicas de la política azucarera aplicada en la provincia, sus dirigentes y militantes no actuarían en forma cohesionada, ensayando variadas respuestas tanto de tipo individual como grupal, que fueron desde la adhesión y la colaboración hasta la oposición, pasando por actitudes más o menos expectantes.

## Summary

This article analyses the stance taken by the Christian democrats in Tucumán during Onganía's regime. Given the ideological points of contact between the party and the regime, the Christian democrats saw in this government a chance of accessing to positions of power. However, the ambivalent course of the dictatorship plus the social and economic implications of the sugar cane industry policies adopted in the province, triggered uneven responses on part of leaders and activists. Rehearsing multiple responses either collective or individual, ranging from support and collaboration to opposition, including other more or less speculative positions.

El 28 de junio de 1966 se produjo el golpe de Estado de la autodenominada «Revolución Argentina», instalando un gobierno dictatorial que se prolongaría hasta el regreso del peronismo al poder en el año 1973. El primer presidente de facto fue el Gral. Juan Carlos Onganía (1966-1970), quien dispuso una serie de medidas que provocaron el cierre de once de los 27 ingenios azucareros que funcionaban en Tucumán, como parte de un «plan de racionalización» de su estructura productiva. Se inició, de este modo, un proceso que desencadenaría una profunda crisis política, económica y social en la provincia.

Frente a este cuadro de situación nos interesa analizar la postura adoptada por la Democracia Cristiana local, entendiendo que ésta, más allá de algunas particularidades, compartía la posición de la agrupación a nivel nacional frente al nuevo régimen. La hipótesis central que orienta este trabajo supone que los demócratas cristianos tucumanos encontraron en la dictadura un gobierno con el que mantenían significativos puntos de contacto en lo ideológico y que representaba una oportunidad para acceder a posiciones de poder. Sin embargo, frente al rumbo ambivalente de un régimen que contaba en su seno con nacionalistas católicos por un lado y liberales por el otro, sus dirigentes y militantes no actuarían en forma cohesionada, ensayando variadas respuestas tanto de tipo individual como grupal, que fueron desde la adhesión y la colaboración hasta la oposición, pasando por actitudes más o menos expectantes.

## TUCUMÁN Y EL AZÚCAR<sup>1</sup>

La presencia dominante del cultivo e industrialización de la caña de azúcar en Tucumán encuentra sus orígenes en el proceso de aguda especialización productiva

<sup>1</sup> Para el desarrollo de este apartado he consultado los siguientes textos: Daniel Campi y María Celia Bravo, «Aproximaciones a la historia de Tucumán en el siglo XX», en: Fabiola Orquera (coord.), *Ese Ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un «campo» cultural: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción Editorial, 2010, pp. 13 a 44. Daniel Campi, «Sugar Policy, 1945-1990. Regulation and crisis», en: *International Sugar Economic Conference*, School of Economic and Social Studies, Norwich, University Northridge, 1990. Mark A. Healey, «El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en las regiones extrapampeanas», en: Daniel James (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, t. IX, Colección Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003. Oscar Pavetti, «Azúcar y estado en la década de 1960», en: Luis Bonano (coord.), *Estudios de historia social de Tucumán, Educación y Política en los siglos XIX y XX*, vol. II, Tucumán, UNT, 2001.

que tuvo lugar en las últimas tres décadas del siglo XIX. Desde entonces, el devenir de la provincia ha estado ligado fuertemente a las vicisitudes que iría atravesando la actividad, caracterizada por recurrentes crisis. Por lo que antes de adentrarnos en el estudio del proceso abierto por la dictadura de Onganía es necesario un breve recorrido por la historia de Tucumán y el azúcar.

Desde su nacimiento, la agroindustria azucarera argentina estuvo asociada a la intervención del Estado, debido a la necesidad de políticas proteccionistas que la tornaran competitiva frente a los azúcares importados. En el caso particular de Tucumán, su complejo azucarero presentaba la singularidad de que a la presencia de industriales y obreros de ingenio y del «surco», se sumaba la de los llamados «cañeros independientes», un heterogéneo conjunto que comprendía desde grandes y medianos propietarios a campesinos pobres que se ocupaba de proveer a los ingenios la mayor parte de la caña que estos procesaban. De este modo, el paisaje social tucumano difería del salteño y jujeño caracterizado, al contrario, por una fuerte integración vertical del cañaveral con la fábrica, siendo minoritario el sector de plantadores independientes, lo que determinó que sus ingenios se desarrollaran como empresas concentradas, con más bajos costos de producción que las tucumanas<sup>2</sup>.

La intervención y la regulación estatal irían profundizándose a medida que avanzaba la primera mitad del siglo XX. La política azucarera se caracterizó por una progresiva distribución de la riqueza, iniciada durante la presidencia de Alvear, cuando se dictaron medidas que implicaron importantes beneficios para el sector cañero, luego, en los cuarenta, con el peronismo, que se encargaría de extender la redistribución a los obreros de fábrica y a los plantadores independientes e industriales de menor productividad. Esto fue otorgándole al complejo tucumano, como señalan Campi y Bravo, un perfil más inclusivo desde el punto de vista social, pero también más conflictivo<sup>3</sup>.

Especialmente a partir de 1959 desde el gobierno nacional se intentó desmontar aquel sistema regulatorio y distributivo característico del complejo azucarero argentino. El ministro de Economía de Frondizi, Álvaro Alsogaray, redujo el crédito

<sup>2</sup> Al momento del golpe de Onganía funcionaban en Tucumán 27 ingenios, mientras que los de Salta y Jujuy sumaban apenas cinco, pero con un tamaño promedio superior a la media tucumana.

<sup>3</sup> Las tensiones se daban en varios niveles: interregional (entre el norte azucarero y el litoral pampeano), intrarregional (entre el complejo tucumano y el salto-jujeño), intersectorial (entre industriales, cañeros y obreros) e, incluso, hacia el interior de los actores (entre obreros de «surco» y de «fábrica», por ejemplo).

oficial al sector y aplicó distintas medidas de liberalización que afectaron a los actores más débiles: asalariados, cañeros minifundistas e ingenios de pequeña y mediana capacidad productiva. Todo ello en un contexto de caída de los precios ocasionada por una etapa de sobreproducción a nivel nacional e internacional<sup>4</sup>.

La crisis generada por la superproducción en la zafra de 1965 agravó aún más el panorama: la producción récord llevó a mayores retrasos en los pagos a obreros y cañeros –que protagonizaron cortes de ruta y tomas de ingenios en señal de protesta–, y aumentaron las deudas de las empresas con el Estado, que entró prácticamente en cesación de pagos. Los servicios públicos –personal docente, judicial y administrativo– respondieron con huelgas y el clima social y político fue caldeándose. A esto se sumaron distintas acusaciones de corrupción, que en algunos casos recaían sobre figuras cercanas al gobernador Lázaro Barbieri.

Toda esta situación colocó a Tucumán bajo la mirada de la opinión pública a nivel nacional y, sobre todo, de aquellos grupos que comandaban una campaña desestabilizadora contra el gobierno de Illia. Como veremos, la provincia se convirtió para aquellos en paradigma y emblema del modelo a erradicar.

## ANTES Y DESPUÉS DEL 28 DE JUNIO

Mucho se ha escrito ya sobre la campaña de acción psicológica tendiente a influir en la opinión pública y crear el clima propicio para el golpe de Estado<sup>5</sup>. Sirviéndose de los semanarios *Primera Plana* y *Confirmado* como punta de lanza, esta campaña tuvo su eje en la construcción de una imagen negativa del gobierno

<sup>4</sup> La nueva política tenía como propósito promover el control monopólico del mercado por las empresas más poderosas, alentando su reequipamiento y dejando a las más débiles a merced de las fuerzas de un mercado caracterizado por su inestabilidad.

<sup>5</sup> Ver: Daniel Mazzei, «Periodismo y política en los años '60: *Primera Plana* y el golpe militar de 1966», en: *Entrepasados*, N° 7, Buenos Aires, 1994. Elena Piñeiro, *Medios de Comunicación, cultura y política: el caso Primera Plana (1962-1966)*, trabajo presentado en las IX<sup>o</sup> Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Córdoba, 2003. Maite Alvarado y Renata Rocco-Cuzzi, «*Primera Plana*: el nuevo discurso periodístico de la década del '60», en: *Punto de Vista*, N° 22, Buenos Aires, diciembre de 1984, pp. 27-30. Oscar Terán, *Nuestro años sesentas. La formación de una nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Punto Sur, pp. 151-159. Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina, 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé, 1982, p. 244, n. 37. Graciela Mochkofsky, *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

radical de Arturo Illia, de la democracia liberal y de los partidos políticos, presentando como contrafigura al Gral. Juan Carlos Onganía y, como deseable, la posibilidad de un nuevo gobierno.

A través de la campaña se demandaba por un necesario cambio de estructuras que permitiera dar al país el salto hacia la modernización. Ésta se asociaba recurrentemente en los semanarios referidos a la idea de «eficacia», que era contrastada con la lentitud del gobierno de Illia a la hora de actuar. Frente a esa conducción lenta/incompetente/no moderna, se pedía por un poder sólido, es decir, autoritario y fuerte, que iniciara rápidamente a la nación en su nuevo derrotero. Emergía entonces, con claridad, la figura de Onganía, quien había ganado popularidad al superar la disputa entre «azules» y «colorados» con «eficacia» y «autoridad». Con este antecedente, Onganía representaba la contrafigura perfecta a la de Illia y, por lo tanto, un liderazgo alternativo al del presidente y también al de Perón. El líder del sector «azul» era postulado, en su calidad de soldado, como alguien desligado y por encima del inoperante sistema de partidos, de la antinomia peronismo-antiperonismo y de los vicios de la política. En esa construcción, la negociación —típica de la democracia— aparecía como un recurso demasiado gradual y los partidos políticos como poco representativos, en tanto dejaban afuera a los «factores reales de poder»: Fuerzas Armadas, empresarios, sindicatos, Iglesia, etc.

Las críticas a la lentitud y la ineficacia de Illia y su administración podían manifestarse en relación a diversos temas: la estrategia gubernamental de integración electoral del peronismo, su «tibieza» para resolver los conflictos limítrofes con Chile o la cuestión de la infiltración comunista. En ese contexto, y como señala Catalina Smulovitz, «Tucumán se convirtió en un *leading case* de los argumentos gopistas»<sup>6</sup>, ya que pudo verse la irresolución de una crisis secular y recurrente, la aparición de acusaciones de corrupción administrativa y, sobre todo, en el marco de la Guerra Fría, el peligro de la explosión social y el comunismo<sup>7</sup>. En síntesis, la provincia aparecía como símbolo del modelo a transformar, en tanto los inconvenientes generados por una actividad económica protegida y regulada traían aparejados un grado de movilización social inédito en el país.

<sup>6</sup> Catalina Smulovitz, «La eficacia como crítica y utopía. Notas sobre la caída de Illia», en: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 33, N° 131, octubre-diciembre 1993, p. 411.

<sup>7</sup> Algunos medios de prensa catalogaron a Tucumán como la «Cuba argentina».

Una vez acaecido el golpe de Estado, el 28 de junio de 1966, los nuevos responsables de guiar al país consideraron que uno de los primeros temas a tratar era lo que ya se conocía como «el problema tucumano», frente al cual había que actuar con presteza; presentar un ejemplo de las intenciones modernizadoras y racionalizadoras que residían en el flamante proyecto<sup>8</sup>. El 21 de agosto, el ministro de Economía de la Nación, Néstor Salimei, manifestó que el gobierno consideraba necesario un ajuste del sector azucarero para poder paliar la estrechez del consumo en relación a una alta producción y los rígidos cupos de exportación a pérdida<sup>9</sup>. Así, a través del decreto 16.926, el gobierno buscó «apurar»<sup>10</sup> a las fuerzas del mercado estableciendo la intervención, cierre y desmantelamiento de siete ingenios azucareros. Ya en julio, otros dos decretos habían afectado los intereses de los pequeños productores cañeros, expropiándoles sus cupos de producción. Como complemento de este «plan de transformación» de la provincia, se prometía, además de garantizar el salario por un año a los obreros desocupados, promover un programa de diversificación de los cultivos agrícolas y de radicación industrial alternativa con capital nacional y extranjero. Este plan, denominado *Operación Tucumán*, tendría sólo moderados efectos y estaría caracterizado por un alto grado de improvisación<sup>11</sup>. Como sabemos, este proceso terminaría produciendo un fuerte descalabro socioeconómico en la provincia, que tendría como saldo el cierre definitivo de 11 de los 27 ingenios en funcionamiento hacia 1966, 9.327

<sup>8</sup> Recordemos de manera sucinta que el objetivo de la «Revolución Argentina» era alcanzar la senda de la modernización y el desarrollo para el país, mediante la organización de la administración y la planificación por parte de técnicos «apolíticos». Para ello, los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas asumieron la representación del pueblo, se dotaron de un estatuto a través del cual designaron presidente a Onganía y disolvieron la estructura republicana y federal del Estado al concentrar en el primer mandatario todos los poderes políticos y las funciones legislativas y judiciales. La Corte Suprema fue removida y se suspendieron las actividades de los partidos y de las instituciones parlamentarias. Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*, Buenos Aires, Ariel, 2006, pp. 38-39. Liliana De Riz, *La política en suspenso 1966-1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000, p. 42-44.

<sup>9</sup> Oscar Pavetti, op. cit., pp. 168-169.

<sup>10</sup> La expresión es de Daniel Campi y María Celia Bravo, op. cit., p. 31.

<sup>11</sup> Habrá que esperar, por ejemplo, a los últimos años del proceso «revolucionario» para la instalación en la provincia de fábricas de envergadura como Saab-Scania, Grafanor, Alparbatas y Bosch.

trabajadores desocupados—de «fábrica» y «surco», «permanentes» y «transitorios»—, y que llevaría a la emigración a aproximadamente 200.000 tucumanos<sup>12</sup>.

Salvo por el rechazo de los obreros cesanteados y de los pequeños cañeros<sup>13</sup>, y por observaciones relacionadas a complicaciones prácticas que se podían presentar a la hora de implementar el plan de diversificación agroindustrial, las medidas fueron recibidas con expectativas por parte de la mayoría de los sectores de la provincia, incluida la dirección de FOTIA (Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera). Sin embargo, prontamente, la improvisación, la falta de coordinación y los duros efectos sobre los grupos que dependían directamente de la actividad azucarera, dieron paso al desencanto y las críticas a fines de ese mismo año.

### **LA DEMOCRACIA CRISTIANA Y LA «REVOLUCIÓN ARGENTINA»**

Hacia 1954, los sectores demócratas cristianos<sup>14</sup> argentinos lograron agruparse y conformar definitivamente un partido que los representara hacia 1954, poco antes del estallido del conflicto entre Perón y la Iglesia<sup>15</sup>. Juan T. Lewis, Horacio Sueldo, Juan José Torres Bas, Oscar Puiggrós, Manuel V. Ordóñez, Salvador Busacca y el tucumano Carlos Imbaud, entre otros, fundaron el Partido Demócrata Cristiano

<sup>12</sup> Además, «11.000 pequeños productores cañeros fueron expulsados de una actividad en la que venían desempeñándose desde hacía décadas [...] Los cierres de numerosas fábricas proveedoras de los ingenios y la quiebra de la variada actividad manufacturera, artesanal y mercantil, así como de los medianos y pequeños negocios que vivían de una vasta población de empleados, técnicos, obreros y zafreros se extendieron por la provincia entera [...] Varios miles de zafreros santiagueños y catamarqueños que arribaban cada año para las cosechas perdieron bruscamente su principal fuente de trabajo». Roberto Pucci, *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán, 1966*, Buenos Aires, Ediciones del Pago Chico, 2007, pp. 19-20.

<sup>13</sup> Perjudicados y sin propuestas compensatorias que actuaran como paliativo sobre su nueva situación.

<sup>14</sup> La Democracia Cristiana puede ser caracterizada como una de las expresiones políticas principales de los movimientos socialcristianos surgidos en países de Europa Occidental como Bélgica, Holanda, Francia y Alemania, luego de la difusión de la Encíclica *Rerum Novarum* en 1891. Su influencia en nuestro país se manifestó especialmente a partir de la década del '40 con la conformación de distintos «núcleos cívicos-culturales» en diferentes puntos del país.

<sup>15</sup> El enfrentamiento comienza a manifestarse de forma explícita hacia noviembre del '54. Perón hablaría entonces, en clara referencia a la creación del partido, de una «conspiración demócrata-cristiana» y de «emboscados» escondidos en un «mimetismo hipócrita». Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica. Relación, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1994, pp. 256 y 284.

en Rosario en julio de aquel año<sup>16</sup>, con la finalidad de organizar un grupo opositor al gobierno peronista. Postulándose un partido no confesional<sup>17</sup>, con vinculaciones con la Iglesia solo a título personal, se presentaba además, como una opción tanto al «capitalismo liberal» como al «comunismo totalitario».

Los demócratas cristianos constituyeron uno de los grupos participantes del golpe del '55 que apoyaron al gobierno de la «Revolución Libertadora», integrando, por ejemplo, la Junta Consultiva Nacional. Sin embargo, ya hacia 1960 un sector del partido liderado por el dirigente cordobés Horacio Sueldo propondría una política de «apertura» hacia otras fuerzas, fundamentalmente el peronismo<sup>18</sup>. La idea de constituir, en palabras de su impulsor, un «frente nacional de inspiración cristiana y democrática y de avanzada social», a pesar de convulsionar al partido produciendo el alejamiento de muchos afiliados, se materializaría con la presentación de la fórmula Raúl Matera-Horacio Sueldo para las elecciones presidenciales de 1963. Aunque finalmente, este intento de otorgarle el rótulo del PDC a una rama minoritaria del peronismo no llegaría a buen puerto por el veto impuesto por el gobierno de José María Guido a varios candidatos justicialistas, entre ellos Matera<sup>19</sup>.

En Tucumán, las elecciones de 1963 también tuvieron a los democristianos en el centro de la escena. Su candidato a gobernador Carlos Alberto Imbaud

<sup>16</sup> En términos estrictos lo que se crea es la «Junta Promotora Nacional de Partidos Políticos Provinciales de Inspiración Democrática Cristiana» El 13 de julio de 1955 la Junta publica un manifiesto: «La Democracia Cristiana al Pueblo y al Gobierno», en el cual se expone la doctrina partidaria, al tiempo que se enjuicia la política oficial. Enrique Ghirardi, *La Democracia Cristiana*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pp. 86 y 87.

<sup>17</sup> Como señalaba Monseñor Gustavo Franceschi, un partido democristiano en Argentina debía ser de inspiración cristiana no confesional, en lugar de católico y confesional. Gustavo Franceschi, *La democracia cristiana*, Buenos Aires, Ediciones Criterio, 1955.

<sup>18</sup> Según Sueldo «...aunque en principio el llamado iba dirigido a todos los sectores de la sociedad, muestra desde el comienzo una preferencia de triple fundamento: ideológicamente, busca a los menos contaminados de liberalismo y de marxismo, y a los más próximos al social cristianismo, así sea implícito; socialmente, se inclina hacia los menos favorecidos; políticamente, presta su mayor solidaridad a los proscriptos, en un acto de caridad cívica». Ricardo Parera, *Los demócrata cristianos argentinos. Testimonio de una experiencia política*, t. 1, Buenos Aires, Editorial Buschi, 1986, p. 159. Enrolados en ese momento en la denominada «Línea de apertura popular», además del dirigente cordobés: Vedia, Fernández Gill, Conza, Parera, Bazán, Leiva, Bauchwitz, Torres Bas, Allende, Dubini, Pereyra Duarte, de los Santos, Cerro, Maidana y Feijoó, Jensen, Yocca y Lucena, entre otros. Enrique Ghirardi, op. cit., pp. 116 y 117.

<sup>19</sup> Perón, por su parte, expulsaría a Matera del Movimiento Justicialista.



resultaría empatado en el Colegio Electoral con Celestino Gelsi, ex gobernador y candidato por la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente)<sup>20</sup>. Ante la evidencia de que contando con el apoyo de algunos electores de partidos menores e incluso de la UCRP (Unión Cívica Radical del Pueblo) Imbaud se llevaría la gobernación, los «gelsistas» promovieron una serie de incidentes que obligaron a una postergación de la segunda votación, intervalo que Gelsi aprovechó para renunciar a su candidatura y arreglar con el candidato ucerrepista Lázaro Barbieri, con quien estaba hasta ese entonces enfrentado, y quien, habiendo resultado tercero, ya se daba por derrotado. A pesar del «escándalo político»<sup>21</sup> y de las protestas de los democristianos, Barbieri fue elegido gobernador.

Si bien «el aperturismo» se difuminó luego del intento fracasado de la fórmula Matera-Sueldo, las filas demócratas cristianas de Tucumán estuvieron predominantemente identificadas, a lo largo de la década del sesenta y comienzos de la del setenta, con la *línea sueldista* y con el sector más progresista del partido. En forma sintética se los podría describir como defensores del federalismo y de los principios del Concilio Vaticano II (1962-1965) y de la encíclica papal *Populorum Progressio* (1967).

Si queremos examinar el lugar ocupado por el PDC local hacia junio del '66 hay que señalar que, por un lado, la influencia del socialcristianismo posconciliar en la provincia fue significativa, ya que no sólo los dirigentes del partido o los universitarios que militaban en la Liga de Estudiantes Humanistas estaban empapados de aquella ideología, sino también políticos de otros agrupamientos, figuras de la esfera cultural y aquellos miembros del clero local que desde diciembre de 1967 formaron parte del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). Por otro lado, la mayoría de las figuras analizadas en este trabajo colaboraban frecuentemente en el suplemento cultural de *La Gaceta*, diario local de amplia difusión en el noroeste argentino, donde podían transmitir sus ideas y pensamientos.

Sin embargo, más allá de la considerable presencia pública del partido –a nivel nacional y provincial– durante aquella primera mitad de los '60 y de la extendida influencia del socialcristianismo posconciliar en Tucumán, el PDC no era más que un partido menor. El golpe de Onganía se les presentaría entonces como una oportunidad para dejar atrás los últimos sinsabores y acceder finalmente a espacios de poder.

<sup>20</sup> *Noticias, diario de la tarde*, 31/08/1963.

<sup>21</sup> *Primera Plana*, 10/09/1963.

Aún así, el PDC no estuvo entre los sectores que trabajaban por la caída de Illia y la llegada de un nuevo gobierno, por lo que no se sumaron al creciente clima antiparlamentario y antipartidista<sup>22</sup>. Recién una vez concretadas aquellas, modificaron su postura hasta entonces legalista y varios de sus dirigentes pasaron a ser funcionarios de la «Revolución Argentina». Si bien ya había antecedentes de miembros que colaboraron con los gobiernos de Frondizi, Guido e Illia a pesar de la posición opositora del partido, en esta oportunidad la participación fue inédita en cuanto a cantidad de cargos y jerarquía de los mismos<sup>23</sup>. El ministro de Economía Salimei, por ejemplo, conformó un heterogéneo equipo de trabajo en el que se encontraban, además de «empresarios católicos» como él, liberales y «técnicos» demócratas cristianos<sup>24</sup>. El presidente del Banco Central, Felipe Tami, y sus colaboradores<sup>25</sup>, por su parte, tenían también vínculos estrechos con el PDC, coincidiendo en la necesidad de un programa de «reformas estructurales», con un manejo prudente del proceso inflacionario, «[...] sin crear desocupación, con riguroso control estatal del régimen de cambios y del crédito y participación de los sectores interesados en la formulación de la política económica»<sup>26</sup>.

Aunque las colaboraciones fueron a título personal, dos meses después del golpe, ya establecida la suspensión de la actividad política partidaria, el ex titular del «ex partido», José Antonio Allende, sostuvo que «quien sea llamado a colaborar con este Gobierno debe hacerlo sin objeciones de conciencia, ya que el sentimiento

<sup>22</sup> Según el testimonio de quien encabezaba el PDC en ese momento, José Antonio Allende, éste habría intentado vanamente convencer a Illia de acordar una manifestación pública con distintos actores políticos en defensa de la continuidad institucional. En aquel contexto, de todos modos, sus intentos resultaron tibios y estériles. César Tcach y Celso Rodríguez, *Arturo Illia: un sueño breve. El rol del peronismo y de los Estados Unidos en el golpe militar de 1966*, Buenos Aires, Edhasa, 2006, pp. 130, 151 y 283-89.

<sup>23</sup> Ricardo Parera, op. cit., p. 269. Los democristianos contaron con un Ministro de Bienestar Social; embajadores en Italia y la Santa Sede; Ministros de Economía en Córdoba, Buenos Aires, Entre Ríos y Chaco; Gobernador y Ministro de Gobierno en San Luis; Ministros de Gobierno, Hacienda y Obras Públicas en Entre Ríos y un Secretario General del Consejo Federal de Inversiones, entre otros. Ricardo Parera, op. cit., p. 268-9.

<sup>24</sup> Guillermo O' Donnell, *El estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1996, pp. 110-111.

<sup>25</sup> Como Eduardo Zalduendo, Alberto Petrecolla y Alieto Guadagni. Ricardo Parera, op. cit., p. 252, n. 105.

<sup>26</sup> *Confirmado*, 06/04/1967. Liliana De Riz, op. cit., pp. 46-47.

comunitario de la Democracia Cristiana obliga a sus afiliados a servir al país, nunca a una fracción»<sup>27</sup>.

No resultó extraño que un partido que deseaba «la integración de la comunidad nacional, a través de la organización y participación del pueblo en el poder político, económico, social y cultural de la Nación»<sup>28</sup>, destacando para ello el papel de las «comunidades intermedias» –familia, municipio, región, organizaciones profesionales, culturales y políticas– e impulsando la cooperativización y la cogestión obrero-empresarial –es decir, «la democracia llevada al sector de la producción»–<sup>29</sup>, encontrara importantes puntos de contacto con un gobierno que planteaba su «reticencia frente al capitalismo, el lucro y la gran empresa» y apostaba a que «organizaciones auténticamente representativas de la comunidad» articularan y canalizaran la participación popular<sup>30</sup>. Por otro lado, se establecía también una notoria afinidad por la impronta católica de ambos.

Sin embargo, aquella orientación ideológica no era la única existente en el seno del gobierno dictatorial, ya que, como señala Altamirano, coexistían en él las dos grandes familias del clivaje ideológico argentino, liberales y nacionalistas, quienes ocupaban distintas posiciones de mando: los primeros dirigían la política económica, mientras que los nacionalistas lo hacían en el área política y en la administración<sup>31</sup>. Una inicial coincidencia en la necesidad de «ordenar» a la sociedad «despolitizándola», y de «modernizar» y hacer más «eficiente» la estructura productiva del país hizo que estas «dos almas»<sup>32</sup> no entraran en conflicto en un comienzo. Pero, como veremos, aquella dualidad será un factor clave para entender los años de Onganía y el camino recorrido por los democristianos.

<sup>27</sup> *Primera Plana*, 12/09/1967.

<sup>28</sup> Ricardo Parera, op. cit., p. 232.

<sup>29</sup> Ricardo Parera, op. cit., 43.

<sup>30</sup> Guillermo O'Donnell, op. cit., pp. 85 a 116.

<sup>31</sup> Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, p. 110. La posición nacionalista era compartida por Onganía, sus seguidores en el Ejército, un sector importante de los funcionarios civiles de la Presidencia de la Nación, del Ministerio del Interior y del Ministerio de Bienestar Social. Antes que «nacionalistas», O'Donnell prefiere llamarlos «paternalistas», y reservar aquella denominación para los grupos que accederán al poder con Levingston en junio de 1970. Se pueden ver las similitudes y diferencias entre ambas corrientes del ejército, y luego, dentro de la dictadura en: O'Donnell, op. cit., pp. 304 y 319. En la prensa de la época se habla sobre todo de «corporativistas», o de «comunitaristas» y «participacionistas».

<sup>32</sup> La expresión es también de Carlos Altamirano.

## EXPECTATIVAS FRUSTRADAS

Entre los funcionarios tucumanos nombrados para formar parte del gobierno del Gral. (R) Fernando Aliaga García, el cordobés elegido por la dictadura como mandatario provincial, se encontraba Arturo Ponsati, convocado para actuar como único asesor político del gobernador.

Ponsati, nacido en Tucumán en 1937, había integrado durante su adolescencia las filas de la Acción Católica y en sus años como estudiante de abogacía fue fundador y dirigente de la Liga de Estudiantes Humanistas. Habiendo militado en esos espacios fue natural su participación en el PDC de la provincia, del que fue uno de sus fundadores, presidente entre 1960 y 1962, y en el que actuaba como Secretario General y Convencional Nacional hacia 1966<sup>33</sup>. El partido era uno de los más férreos opositores al gobierno de Barbieri, vencedor de Imbaud en el '63, al que acusaban de «comunizante» por su pasado como militante socialista<sup>34</sup>.

En los primeros seis meses de gobierno la dictadura tomó una dirección ambigua, difícil de interpretar para algunos sectores, por lo que rápidamente generó descontentos a nivel nacional. Parte de esos primeros desencantados con el régimen pueden ubicarse en la dirigencia demócrata cristiana. El hecho decisivo fue la renuncia de Tami al frente del Banco Central, forzado por un Salimei presionado y criticado por los sectores liberales y la gran burguesía<sup>35</sup>. Junto al alejamiento de Tami<sup>36</sup>, tuvo lugar el de otros *staff* demócratas que actuaban en distintas pro-

<sup>33</sup> Ricardo Parera, *Los demócrata cristianos argentinos. Testimonio de una experiencia política*, t. II, Buenos Aires, Buschi, 1986, p. 363.

<sup>34</sup> *Primera Plana*, 10/09/1963. Una referencia a «los prejuicios marxistas» de los demócratas en relación al gobernador en *La Gaceta*, 31/12/1966.

<sup>35</sup> Estas críticas no se vinculaban, evidentemente, con los procesos de «modernización» iniciados en algunos sectores como el azucarero o el portuario –mediante despidos y reformas en el régimen laboral–, sino con algunos arbitrajes estatales favorables a los obreros, como en los gremios metalúrgicos y textiles, y sobre todo con la intención, propia de la corriente de Onganía, de contar con un sindicalismo despolitizado y subordinado, aunque unificado; mientras la burguesía presionaba por la derogación de la Ley de Asociaciones Profesionales y bregaba por la «libertad sindical», con lo que pretendía, por el contrario, «atomizarlo». Guillermo O'Donnell, *op. cit.*, p. 102.

<sup>36</sup> Además de Tami, renunciaron otros demócratas cristianos del equipo de Salimei y el subsecretario de Trabajo José Tamboranea.

vincias. Frente a esta suerte de avance liberal<sup>37</sup>, coronado a comienzos de 1967 con la elección de Adalbert Krieger Vasena como Ministro de Economía, el «ex partido», organizado ahora como «corriente de opinión» bajo el nombre de «Democracia Cristiana Argentina»<sup>38</sup>, actuó en forma descoordinada, sin una aceptada conexión entre quienes ocupaban puestos en la dictadura y su dirigencia, lo que se tradujo hacia diciembre del '66 en la renuncia colectiva de toda su Junta Nacional<sup>39</sup>.

En Tucumán, la disconformidad con la orientación político económica del gobierno, agravada por las medidas aplicadas en materia azucarera, llevó a Ponsati a presentar su renuncia, tras menos de seis meses de actuación. En el texto de dimisión dirigido al gobernador denunciaba el cierre de los ingenios como una medida «inconsulta y arbitraria», acusaba a la política azucarera del gobierno de no tener «rumbo ni destino», y señalaba que la diversificación nunca había sido efectivamente planeada. Finalmente, sostenía que la provincia estaba «siendo sacrificada en aras de un dudoso experimento emprendido por los responsables de la política económica del gobierno central», y que la reciente renovación de gabinete no le permitía albergar esperanzas sobre posibles cambios en el trato que la misma venía recibiendo<sup>40</sup>.

Para resolver cuál sería la posición oficial de la DCA en relación a la «Revolución Argentina» se realizó una Convención Nacional en Río Ceballos, Córdoba en marzo de 1967<sup>41</sup>. La postura mayoritaria fue la de una fuerte crítica a lo actuado por la dictadura, por lo que se resolvió «no colaborar» con la misma. En

<sup>37</sup> Los demócratas cristianos hablaron de «vuelco hacia la derecha» y «desviación» del proceso revolucionario, incluso antes de estos sucesos. Manifestaron desde un comienzo, por ejemplo, frente a la elección de Álvaro Alsogaray como embajador en EEUU, que les resultaba «inexplicable que una revolución hecha bajo el signo de lo apolítico, haya elegido como vocero de su imagen en el exterior al político más resistido de la Argentina y que ahora se advierta la paulatina influencia de las ideas de éste en el rumbo del proceso económico que se pretende encaminar». Lo señalado no hacía más que anticipar la difícil convivencia que se avecinaba entre nacionalistas o corporativistas y liberales. Ricardo Parera, op. cit., p. 250.

<sup>38</sup> Ricardo Parera, op. cit., p. 247.

<sup>39</sup> Ídem, p. 253.

<sup>40</sup> «Panorama Tucumano», *La Gaceta*, 21/01/1967. Era evidente que el nombramiento de Krieger Vasena daba, decididamente, a los liberales las riendas de la economía.

<sup>41</sup> Al encuentro concurren en forma «más o menos clandestina», según un semanario porteño, alrededor de 65 personas. *Confirmado*, 06/04/1967.

su intervención, Ponsati señaló que «la revolución es necesaria, todo intento de restauración es una empresa pequeña [...] pero hay que tener en cuenta que la titulada Revolución Argentina ha fracasado y quedó frustrada». Por lo que proponía que la DC bregara por una nueva situación jurídico-institucional que superara el liberalismo y la ficción de representatividad con una nueva concepción que no se agotara en lo formal<sup>42</sup>.

Por otro lado, se eligió un Comando Nacional conformado por cinco miembros titulares y cinco suplentes con la intención de darle mayor operatividad. Todos los hombres designados eran del interior del país y Ponsati fue nombrado Secretario Ejecutivo<sup>43</sup>, con lo que se transformaba en el responsable del aparato del «ex partido». Desde ese momento, Ponsati pasaría a ser uno de los dirigentes a nivel nacional más importantes de los democristianos opositores a la dictadura. Luego, a finales de 1968, sería elegido Secretario Político o Presidente del Comando<sup>44</sup>.

Aunque abandonara su colaboración al régimen, no por eso la DCA dejaba de tener coincidencias en lo ideológico con el sector nacionalista o corporativista del mismo. Los puntos de contacto y disenso entre el Comando Nacional y la dictadura se hacían explícitos, por ejemplo, en las distintas declaraciones en las que el primero reclamaba al gobierno que ajustara «su política económica a las enseñanzas de la encíclica *Populorum Progressio*, de acuerdo a las reiteradas adhesiones oficiales que la misma mereciera»<sup>45</sup>.

Efectivamente, la principal crítica democristiana recaía en las medidas que el gobierno adoptaba en materia económica. A finales de 1967, el Comando Nacional imputaba a la dictadura, por un lado, una deliberada indefinición en cuanto a su orientación ideológica y, por otro, el definirse en todo caso a través de su política

<sup>42</sup> Ricardo Parera, op. cit., p. 257.

<sup>43</sup> El Comando Nacional pasaba a monopolizar las funciones de la antigua Junta Nacional, del Tribunal de Conducta y la Convención Nacional. Es decir que los democristianos se daban un mando concentrado y verticalizado, ajeno a los estatutos, para actuar. Los otros miembros del Comando serían: Juan José Torres Bas y Teodosio Pizarro de Córdoba; Luis Lucena y Francisco Cerro de Santiago del Estero. Evaristo Padilla, otro tucumano, fue elegido miembro suplente.

<sup>44</sup> En la segunda Convención Nacional de octubre del '68, en Santiago del Estero, la postura del Comando, que continuó con predominio casi absoluto de hombres del interior, es definida como «terminantemente opositora». Ricardo Parera, op. cit., pp. 264 a 266.

<sup>45</sup> *La Gaceta*, 04/06/1967. La encíclica había sido incorporada a los principios partidarios en Córdoba. La DCA, además, organizaría una «campana nacional de difusión» de la misma. «Panorama Tucumano», *La Gaceta*, 31/05/1967. Ver también: *Primera Plana*, 12/09/1967. *Última Línea*, octubre de 1967, p. 8.

económica, lo que implicaba «un pronunciamiento categórico por la perduración de las estructuras del régimen liberal»<sup>46</sup>. El partido proponía una vía alternativa, alejada tanto del «capitalismo liberal» como del «socialismo colectivista», que tomaría forma a partir de la conformación de un «movimiento nacional y popular», resultado de la unión de los esfuerzos de la clase trabajadora, las regiones expoliadas del interior y los sectores de baja clase media. Un movimiento al que no concebían como una alianza de partidos, sino como «una integración de bases en la dialéctica de la acción de masas dirigida contra el régimen socioeconómico», iniciando de esa manera una «revolución nacional», una salida no capitalista para el desarrollo argentino<sup>47</sup>.

Por otro lado, las referencias a «la expoliación del interior por Buenos Aires» van a ser constantes en las intervenciones de Ponsati. En una declaración del Comando Provincial de finales de 1969, señalaba:

«Este gobierno mientras declama la integración nacional empuja en los hechos la disgregación del país, impulsando la expoliación del interior por Buenos Aires. Mientras presta a las provincias el propio dinero de ellas, se ufana de las «generosas ayudas» que concede a las víctimas del despojo. Mientras concentra los factores del desarrollo y las ventajas de la vida civilizada en un área privilegiada, provoca ficticias querellas entre provincias empobrecidas que se disputan las obras del despilfarro porteño<sup>48</sup>».

La relación entre Buenos Aires y Tucumán es presentada como una relación de tipo colonialista. Si bien contemporánea al gobierno de Levingston, otra declaración caracterizaba la función de presidente como la de «representante de un gobierno sustentado en la estructura capitalista y en el sistema de colonialismo interno, mediante los cuales el área metropolitana expolia a las provincias interiores, produciendo la situación de estancamiento en el atraso, miseria y despoblación del interior de la República»<sup>49</sup>.

<sup>46</sup> *La Gaceta*, 21/10/1967.

<sup>47</sup> «Panorama Tucumano», *La Gaceta*, 05/04/1969. *Confirmado*, 26/06/1969.

<sup>48</sup> «Un compromiso de democristianos para 1970», *La Gaceta*, 28/12/1969. La declaración lleva las firmas de Ponsati, Lauro Fagalde y Martín Dip.

<sup>49</sup> «Manifestaciones de Levingston critican los democristianos», *La Gaceta*, 09/09/1970. El documento del Comando Nacional llevaba las firmas de Ponsati y Dip. Ver también: «A los problemas de Tucumán aluden los democristianos», *La Gaceta*, 25/09/1970; sobre declaración del Comando Provincial, firmada por Ponsati.

En otro comunicado<sup>50</sup>, Ponsati, en nombre del Comando Provincial, analizaba puntualmente la situación de Tucumán. Comenzaba, como era obvio, refiriéndose a la agroindustria azucarera, de la cual afirmaba que «continúa vertiginosamente su proceso de destrucción». Esto se debía a la política desarrollada hasta el momento por la dictadura y a la que parecía iba a seguir desarrollando, en tanto al momento de salir la declaración se rumoreaba el cierre de nuevos ingenios y una reducción de los cupos para la zafra de 1969, por lo que el secretario ejecutivo agregaba que esas actitudes «demuestran que la política azucarera del gobierno nacional responde a los intereses de los grupos monopolistas». Además, tenía palabras críticas para el *Comité Operación Tucumán*, el organismo creado por la dictadura para impulsar la transformación agroindustrial de la provincia, aseverando que el mismo «ha significado, en realidad, una oportunidad de promoción publicitaria para los burócratas encargados del mismo, y un fracaso estruendoso en las realizaciones concretas». Para intentar revertir la situación y hallar una salida a la crisis, Ponsati proponía «la programación de un plan orgánico, de diversificación y desarrollo, basado en la radicación masiva de las nuevas industrias, para lo cual debe trasladarse el órgano ejecutor a la zona, con la participación del gobierno de Tucumán a través de una Oficina Provincial de Desarrollo». Ante la difícil situación Ponsati denunciaba que «el gobierno provincial es inoperante y dócil instrumento ejecutor de la política económica procapitalista y entreguista del gobierno nacional». Finalmente, no parecía abrigar demasiadas esperanzas en torno a un cambio del rumbo del gobierno nacional ya que indicaba que éste «ha probado una mentalidad liberal y su insensibilidad social».

Recapitulando, se hace notorio el lugar primordial que ocupó el tucumano Ponsati dentro de la estructura de la DCA a nivel nacional una vez que la conducción pasó al interior del país. Con mayor razón fue la principal figura democristiana local, con una activa participación en la vida política de la provincia. Intervino, por ejemplo, en distintas instancias multisectoriales organizadas para intentar solucionar la crisis tucumana<sup>51</sup>, así como también en muchas de las

<sup>50</sup> «Un análisis de la realidad social tucumana», *La Gaceta*, 06/03/1968.

<sup>51</sup> Podemos nombrar: el Congreso de la Cívica, organizado por las 62 Organizaciones Peronistas en noviembre de 1967, y el Comité Pro Defensa de Tucumán, a partir de mediados de 1969.



marchas promovidas por trabajadores desocupados de los ingenios cerrados y los curas progresistas<sup>52</sup>. Por último, hay que resaltar también cómo a las críticas al «capitalismo liberal» –encarnado en las políticas económicas de la dictadura–, se le agregaba ahora una agresiva defensa del federalismo, especialmente cuando el tema tratado era Tucumán.

### **LOS DEMÓCRATAS CRISTIANOS CON LA «REVOLUCIÓN ARGENTINA»**

No todos los democristianos siguieron al Comando Nacional en su postura opositora. Muchos decidieron continuar colaborando con la dictadura o, como veremos, se sumarían a sus elencos –como asesores o funcionarios de diverso rango– en lo sucesivo<sup>53</sup>. Este complejo cuadro de situación de la DCA a nivel nacional, disuelta como partido y con disidencias internas y contradicciones, se repetía a nivel local, implicando significativos desafíos para Ponsati.

Uno de sus principales problemas como dirigente al frente de los democristianos va a radicar, no por pura casualidad, en las recurrentes ofertas de cargos por parte del oficialismo a dirigentes y militantes vinculados al «ex partido». Ponsati debió capear dos importantes crisis de ese tipo: la primera, frente al ofrecimiento a media docena de hombres de la Democracia Cristiana para conformar el gabinete del recién nombrado gobernador Jorge Nanclares, durante julio de 1969; y luego, ante la designación de dos ex dirigentes del partido como gobernadores provinciales: Carlos Imbaud en Tucumán y Carlos Jensen Viano en Santiago del Estero, en agosto y setiembre de 1970.

Especialmente difícil fue la situación de Ponsati frente a los ofrecimientos para formar el equipo ministerial de Nanclares. En esa ocasión expresó que «la posición partidaria con relación al gobierno es irreductible [...] es totalmente incompatible la militancia democristiana con el ejercicio de cualquier cargo en

<sup>52</sup> *Primera Plana*, 09/07/1968. *Confirmado*, 26/06/1969.

<sup>53</sup> Más allá de aquellos que continuaban apoyando y/o participando de la dictadura, había muchos otros hombres de extracción democristiana que si bien no seguían ese camino tampoco se mostraban activos en su oposición. Estas diferencias, como comprobaremos en este apartado, saldrán a la superficie más adelante, aunque «en realidad, pocos meses más tarde que Onganía disolviera a los partidos políticos comenzaron a insinuarse las fisuras en la DC. Muchos prefirieron poner un compás de espera de varios años, otros, se retiraron definitivamente a cuarteles de invierno». Ricardo Parera, op. cit., p. 268.

el gobierno»<sup>54</sup>. A pesar de ello, Orlando Lázaro –entre otros–<sup>55</sup>, ex presidente del partido en Tucumán, aceptó el cargo de Secretario de Educación y Cultura, y la prensa habló de «desbandada» en las filas democristianas y de que Ponsati «expañaba las culpas de su pecado original»<sup>56</sup>. El Secretario Político del Comando pidió la renuncia de los miembros que habían aceptado y declaró a la agrupación en estado de asamblea.

No menos complejo fue el panorama con la aceptación de los cargos de gobernador de Jensen Viano en Santiago del Estero y de Imbaud en Tucumán, aunque nos centraremos sólo en el segundo caso<sup>57</sup>.

Carlos Alberto Imbaud fue el único tucumano de entre los fundadores del PDC: se encontraba en esa época en Rosario cursando Diplomacia y Ciencias Políticas en la Universidad del Litoral. Persona destacada por ello en la Democracia Cristiana tucumana, fue candidato a gobernador en 1958 y en las escandalosas elecciones de 1963. Había sido también Interventor de la provincia por 43 días durante el gobierno de Guido<sup>58</sup>, lo que lo mostraba como una figura abierta a ocupar los espacios políticos disponibles. Desde el comienzo, Imbaud fue un hombre de la «Revolución Argentina»: contaba con diferentes cargos en la Universidad del Salvador, en cierta medida usina intelectual de la dictadura, y ocuparía numerosos puestos en el gobierno hasta 1970: Director de Informaciones de la Presidencia de la Nación en 1966, Asesor de Gabinete de la Secretaría de Promoción y Asistencia

<sup>54</sup> *La Gaceta*, 24/07/1969.

<sup>55</sup> «Bienestar Social pasó, sin mayores problemas, a la órbita de un joven grupo social cristiano. Carlos Fernández, un médico que ocupaba la Secretaría de Promoción y Asistencia, será el Ministro, y su cargo, a su vez, será ocupado por Federico Lannes, un contador que en París, junto a Joseph Louis Le Bret, aprendió las técnicas de investigación y promoción social que últimamente estaba aplicando en la provincia mediante la formación de promisorias cooperativas agrarias en la zona de los ingenios cerrados». *Primera Plana*, 22/07/1969. Por otro lado, Evaristo Padilla, ex diputado provincial por el PDC, «aceptó la Secretaría de Obras y Servicios Públicos, aunque tardíamente, ya que el cargo fue ocupado por el ex inspector de El Cadillal ingeniero Roberto Rebollar. En mérito a la lentitud de la decisión, el partido resolvió secretamente cancelar su ficha de afiliado». *Análisis*, 19/08/1969.

<sup>56</sup> *Análisis*, 19/08/1969. Se referían a su anterior actuación como asesor político de Aliaga García. Esa sería una crítica recurrente, especialmente por parte de medios oficialistas y de rivales políticos del abogado.

<sup>57</sup> Carlos Jensen Viano había sido antes del golpe un dirigente importante del PDC. De hecho, era el presidente de la Convención Nacional al momento de la renuncia colectiva de la Junta Nacional, en diciembre de 1966.

<sup>58</sup> Era Asesor de provincias en el Ministerio del Interior de la Nación en ese entonces.

de la Comunidad (SEPAC)<sup>59</sup> hacia 1967 y 1968, y, finalmente, durante esos mismos años, miembro del *Comité Operación Tucumán*.

Su designación como gobernador de Tucumán hacia septiembre de 1970, una vez nombrado Levingston presidente, constituyó uno de los varios intentos de la dictadura en su nueva etapa por construir consenso civil al «reunir políticos, con cierta capacidad y atractivo personal, para producir aperturas y convocar a la participación de diferentes sectores»<sup>60</sup>. Efectivamente, Imbaud conformó su gabinete con peronistas y frondizistas, además de democristianos, e intentó llevar adelante diferentes proyectos de cooperativización y de cogestión obrero-empresarial, sobre los cuales venía trabajando desde los organismos oficiales. Uno de los planes de Imbaud, por ejemplo, consistía en un sistema de «dación en pago», a través del cual los ingenios en quiebra saldaban sus deudas abonándole al Estado en especies, fundamentalmente a través de tierras que después serían vendidas a cooperativas<sup>61</sup>. Sin embargo, el estallido del levantamiento conocido como «Tucumanazo» en noviembre del '70 frustraría algunos de sus planes y determinaría el final de su corta gestión.

Aunque tanto Ponsati como Imbaud se encargaron de aclarar que el segundo no pertenecía al partido desde 1962, el ofrecimiento del máximo cargo provincial a uno de sus fundadores y candidato a gobernador dos veces por la agrupación

<sup>59</sup> La SEPAC era una Secretaría dependiente del Ministerio de Bienestar Social ocupada generalmente por personas afines al proyecto corporativista de Onganía, como Raúl Puigbó, decano en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador y amigo de Imbaud. Era desde la SEPAC donde surgían la mayoría de los proyectos «comunitaristas» de la dictadura.

<sup>60</sup> María Matilde Ollier, *Golpe o Revolución. La violencia legitimada. Argentina 1966/1973*, Buenos Aires, EDUNTRAF, 2005, p. 85. Entre la «terna» de candidatos a asumir habría estado también el ya mencionado Evaristo Padilla. Roberto Pucci, op. cit., pp. 292 y 293.

<sup>61</sup> *Extra*, febrero de 1971. La idea del desarrollo de cooperativas en Tucumán, muy en boga en el período entre diversos sectores del arco ideológico, apuntaba, por un lado, a romper con el «minifundio cañero» y estimular la diversificación agrícola, ya que las cooperativas estaban obligadas a destinar sólo un tercio de las tierras a la caña de azúcar, y, por otro, en los casos impulsados a través de la «dación en pago», también a absorber la mano de obra desempleada tras el cierre de ingenios, en un contexto de creciente agitación sociopolítica a nivel nacional. El ejemplo paradigmático fue la Cooperativa Campo de Herrera fundada en junio de 1967. El proyecto inicial fue realizado por técnicos del INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) y la SEPAC. Para conocer los proyectos de Imbaud, se puede consultar un trabajo publicado en la revista *Estudios*, de la Universidad del Salvador, en diciembre de 1969, y reproducido luego, en los números de mayo, junio y julio de 1970 en *Contacto*, revista de la Federación Agraria de Trabajadores de Luz y Fuerza, uno de los sindicatos cercanos a la dictadura, denominados «dialoguistas» o «participacionistas».

no hacía más que perjudicar la imagen pública de la DCA<sup>62</sup>. Además, algunos de los nombramientos ministeriales de Imbaud recayeron sobre figuras vinculadas al partido. No obstante, la crisis interna no fue similar a la de apenas un año atrás, o al menos no tomó tal estado público<sup>63</sup>. Como si algo faltara para complejizar el panorama de los socialcristianos opositores, la designación de Imbaud coincidió con el «demorado» fraccionamiento de la DCA a nivel nacional: en agosto distintas figuras democristianas –entre ellas importantes dirigentes como José Antonio Allende, Salvador Busacca, Enrique de Vedia, Augusto Conte Mac Donell, entre otros– y el mismo Imbaud, se reunieron en Buenos Aires y firmaron un manifiesto de apoyo a la «Revolución Argentina». El grupo –sin Imbaud– comenzaría a presentarse públicamente a través de distintos documentos bajo el nombre de «Movimiento Demócrata Cristiano»<sup>64</sup>.

La difícil disyuntiva acerca de qué posición adoptar ante la elección de un gobernador de formación y proyectos socialcristianos intentaba ser resuelta por Ponsati declarando que: «muchas de las ideas del nuevo gobernador acerca de las soluciones que Tucumán reclama son acertadas. Sin embargo –aclaró– creo que dentro del marco que proporciona el actual gobierno y el régimen socioeconómico vigente en el país, son difícilmente practicables»<sup>65</sup>.

<sup>62</sup> Con respecto a su vínculo con la DCA, Imbaud comentaba en una entrevista: «Mi filosofía es demócrata cristiana, pero esto no significa que esté encasillado en un esquema de partido. A esta altura de las cosas no acepto rótulos». *Análisis*, 08/09/1970. Aunque había abandonado el partido en el '62 para aceptar el puesto de Interventor federal, Imbaud fue candidato por el PDC un año después. Su candidatura había sido inicialmente lanzada desde el Movimiento Recuperación Tucumán, agrupación creada por él y otros comprovincianos en 1960, pero que carecía en ese momento de personería jurídica.

<sup>63</sup> Imbaud nombró a Ernesto Cerro como ministro de Economía y a Enrique Gordillo, de Comercio, Industria y Minería, entre otros. Todos, al menos, de «formación socialcristiana». Imbaud considera que con esas designaciones «desmantelaba» a la Democracia Cristiana de Ponsati. [Entrevista realizada por el autor, 20 de mayo de 2011].

<sup>64</sup> Ricardo Parera, op. cit., p. 268. El Comando Nacional de la DCA los sindicó como «productoriales, derechistas y antipopulares». *La Gaceta*, 27/11/1970.

<sup>65</sup> *Análisis*, 08/09/1970.

## OTRAS VÍAS DE ACCIÓN

Hubo más colaboraciones con la dictadura dentro de la comunidad democristiana local. Sin embargo, consideramos que una en particular reviste fundamental importancia para nuestro trabajo, a pesar de que en principio no generó los mismos inconvenientes que las anteriores. Nos referimos a la actuación del filósofo y teólogo Gaspar Risco Fernández. Junto a ella, analizaremos también en este apartado al mensuario político *Última Línea*, dirigido por otro socialcristiano de la provincia: Tiburcio López Guzmán. Aunque ambos siguieron caminos diferentes al de Ponsati luego de junio de 1966, los tres se reencontrarían nuevamente dentro del marco de la Democracia Cristiana en el proceso que desembocó en las elecciones de marzo del '73. A pesar de que los últimos tres años de la «Revolución Argentina» no son examinados en este trabajo, se justifica esta referencia a la etapa final de la dictadura, ya que sugiere que más allá de las distintas trayectorias emprendidas durante el gobierno de Onganía, las tres figuras mantendrían una orientación político-ideológica común.

Nacido en Tucumán en 1933, Risco se hallaba vinculado al mundo católico progresista desde su militancia universitaria en la Liga de Estudiantes Humanistas, llegando a ser presidente de la misma en 1959. Sin ocupar en el partido un lugar tan destacado como el de Ponsati, era claramente una figura representativa del socialcristianismo posconciliar en la provincia; y el hecho de que se desempeñara hacia junio del '66 como decano en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino fue seguramente un dato que la dictadura tomó en cuenta para su designación como presidente del Consejo Provincial de Difusión Cultural (CPDC de ahora en adelante)<sup>66</sup>.

El Consejo, organismo creado en 1958, contaba con fondos propios provenientes del cinco por ciento de las ganancias del Casino y de lo producido por todos los juegos de azar, a la vez que de rentas generales. Las nuevas autoridades provinciales convocaron a Risco para que asumiera la presidencia y conformara el nuevo equipo que, con pocas modificaciones, lo acompañaría hasta el fin de su gestión a mediados de 1971. Como se deduce de lo anterior, Risco no se sumó al grupo democristiano que en marzo de 1967 había decidido en Río Ceballos dejar de colaborar con la dictadura y permaneció al frente del CPDC.

<sup>66</sup> Lo desarrollado a continuación sobre Risco y el CPDC está tomado esencialmente de dos trabajos escritos en coautoría con Verónica Ovejero.

Se puede especular con que Ponsati no consideró la continuidad de Risco en el cargo como un problema, quizás porque éste no era un dirigente de primera línea y/o porque entendía que lo que estaba en juego –una repartición cultural– no afectaba el terreno de lo político. De todas formas, interesa sobremanera repasar la trayectoria de Risco y las políticas desarrolladas al frente del Consejo en tanto sacan a la superficie la compleja posición de los demócratas cristianos durante la dictadura de Onganía. El hecho de que Risco no siguiera a Ponsati y a los otros dirigentes al campo de la oposición y continuara en cambio «dentro» de la dictadura, no matiza esta observación, sino que por el contrario, como comprobaremos, la hace más evidente.

A las pocas semanas de asumir el cargo, en septiembre del '66, Risco implementó una serie de reformas –entre ellas la creación de una Secretaria Técnica del Interior– con la intención de expandir la influencia y actividades del Consejo hacia el interior de la provincia, considerando que tal tarea no se había concretado en las anteriores gestiones. Siguiendo esa línea de trabajo, el Consejo propuso a FOTIA, en junio de 1967, un plan de acción conjunta para la promoción cultural en el interior consistente en la realización de actos culturales, espectáculos artísticos y la conformación de un Teatro Obrero. La respuesta de FOTIA fue negativa. Su secretario general, Atilio Santillán, argumentó en una nota dirigida al presidente del Consejo, que la situación en la que se encontraban los trabajadores azucareros no era propicia, al estar afectados por «graves problemas de desocupación, despoblación, miseria general, etc. derivados de la política azucarera del actual gobierno»<sup>67</sup>, que obligaban a FOTIA a concentrar todos los esfuerzos para superar esos problemas.

Ante esta negativa Risco respondió con otro comunicado señalando que el plan formaba parte del programa de realizaciones para el interior, que el Consejo venía realizando atendiendo al concepto de que «sólo a partir de la promoción integral del hombre se alcanzan las soluciones de la comunidad». Y agregaba que «si bien las razones de FOTIA son atendibles, consideramos que tan importantes y simultáneas son las necesidades espirituales y la satisfacción de sus apetencias no sólo físicas. El sector obrero no puede quedar reducido a su conciencia gremial sino expandirse en todos los órdenes de la vida»<sup>68</sup>.

<sup>67</sup> «Un lamentable desenlace», *La Gaceta*, 25/06/1967. Ver también: *La Gaceta* de los días 12, 14 y 17/06/1967.

<sup>68</sup> «Un lamentable desenlace», *La Gaceta*, op. cit.

A raíz de lo sucedido, Risco polemizó con el filósofo Conrado Eggers Lan en la página literaria de *La Gaceta*<sup>69</sup>. El presidente del CPDC seguía reconociendo lo dificultoso de emprender el proyecto en la situación crítica que se vivía en el campo, pero subrayaba que la negativa respondía también a la decisión política de los dirigentes de FOTIA de no verse involucrados con un organismo que formaba parte del gobierno responsable de la trágica situación social. De este modo, se preguntaba: «nuestro carácter de oficialismo ¿no resultaba un obstáculo insalvable para la conciencia gremial de FOTIA, que no debía aparecer tendiendo la mano, por un lado, a los mismos que, por otro, eran los responsables visibles del colapso tucumano?»<sup>70</sup>.

Todo esto nos revela la complejidad de la posición de Risco y el Consejo en el contexto político, social y cultural de la provincia. En el mismo artículo, por ejemplo, al realizar un recorrido histórico de la economía y sociedad tucumana, desde la colonia hasta el presente, era fuertemente crítico cuando aseguraba que los gobiernos que se sucedían desde 1955 «no sólo no aportan verdaderas soluciones a la provincia en términos de diversificación agroindustrial y desarrollo integral con pleno empleo y sin despoblación y miseria sino que contribuyen a la agudización de las sucesivas crisis hasta desembocar en el colapso total»<sup>71</sup>. Es decir que, en el mismo texto en donde defendía las políticas del CPDC, criticaba con dureza al gobierno del cual era funcionario.

Parte de esa complejidad estaba vinculada evidentemente con el ya referido carácter ideológicamente bifronte del gobierno. Así vemos cómo Risco buscaba diferenciarse explícitamente del ala liberal del gobierno cuando señalaba que al acercar la propuesta a FOTIA no esperaba que el Consejo fuera identificado «con la línea que anima la política económica del gobierno nacional», sobre todo por su reconocida militancia cristiana posconciliar. Advertimos nuevamente cómo

<sup>69</sup> La nota de Eggers Lan criticando la postura de Risco frente a FOTIA se titulaba «Los trabajadores tucumanos y una teología de la cultura», *La Gaceta*, 04/02/1968. Eggers Lan era profesor de Filosofía Antigua en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en sus trabajos buscaba compatibilizar los principios marxistas con los cristianos. Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino VII, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, pp. 71-76. La respuesta de Risco: «Breve informe para teólogos de la cultura», *La Gaceta*, 11/02/1968.

<sup>70</sup> Risco considera que: «El único lugar donde me falló la cosa fue en la FOTIA [...] ellos se volvieron atrás. Y bueno, ¿por qué? Es muy sencillo, porque era del *staff* del gobierno». [Entrevista realizada por el autor, 8 de agosto de 2009].

<sup>71</sup> «Breve informe...», *La Gaceta*, op. cit.

Risco al tiempo que reconoce su pertenencia al gobierno, también procura distanciarse de él.

Creemos que Risco buscaba en su gestión «entrar en el siglo» y que no consideraba lo «cultural» como un ámbito escindido de las realidades socioeconómicas de los más desfavorecidos. Y que precisamente esa posición generaba las fricciones señaladas. En respuesta al rechazo del gremio y a las críticas de Eggers Lan, había manifestado: «nuestro plan de trabajo no era un ramillete de diversiones, fiestas y paliativos esteticistas, algo para desmemorar a la masa obrera del drama económico-social producido por el cierre de los ingenios»<sup>72</sup>. Una situación en cierta forma análoga podemos encontrar en otro de los proyectos paradigmáticos de la gestión de Risco al frente del CPDC, nos referimos a los Cursos de Promotores Culturales.

El proyecto fue impulsado desde la Secretaría Técnica del Interior entre 1968 y 1971, quedando asentada la experiencia en el libro *El campesino tucumano, educación y cultura*<sup>73</sup>. Apuntaba a la formación de promotores culturales en el interior de la provincia siguiendo algunos de los lineamientos del «Método de Alfabetización de Adultos», del brasileño Paulo Freire. En el libro, se establecía que el contenido fundamental de los cursos giraba «en torno a *la problemática económica, social y política de Tucumán y a la cultura como punta de lanza en un proceso de cambio*»<sup>74</sup>. Por ello, al tiempo que se organizaban «funciones-debates» de cine para los campesinos, se les enseñaba también sus derechos salariales y los mecanismos legales para exigirlos. De todos modos, lo que importa señalar en este trabajo es que luego de dos años, el balance era negativo y el mismo Risco reconocía en *El campesino...* que la experiencia había encontrado límites<sup>75</sup>.

<sup>72</sup> *Ibidem*.

<sup>73</sup> Dora Fornaciari (coord.), *El campesino tucumano, educación y cultura*, Tucumán, Serie de Estudios y Documentos, Centro de Documentación e Información Educativa, Secretaria de Estado educación y cultura, 1971. En el texto no hay una definición explícita del término «campesino». Según testimonios, asistían a los Cursos tanto obreros –o ex obreros– de «fábrica» y del «surco», como pequeños productores cañeros proletarizados y practicantes de los diversos oficios que se realizaban alrededor de la vida de los ingenios.

<sup>74</sup> Dora Fornaciari, *op. cit.*, p. 12. [El destacado es nuestro] Los temas tratados aludían a la realidad concreta de existencia que vivía el campesino tucumano como ser el trabajo en el cañaveral, la relación entre el peón rural y el patrón, la vivienda, la remuneración, las formas de trabajo, las leyes laborales, la educación y la familia, entre otros.

<sup>75</sup> «Sin lugar a dudas, resulta muy poco grato sentirse rechazado por los mismos campesinos a quienes se acompañó en el alumbramiento de la autoconciencia liberadora y en la práctica de la creación co-



El proyecto, al igual que el del trabajo conjunto con FOTIA, se vio trabado principalmente por la negativa de los destinatarios del mismo, y nuevamente, por identificar a quienes lo impulsaban con el gobierno responsable de su situación. Además, se hacía claro que como organismo con competencias en el ámbito cultural, la Secretaría Técnica del Interior se veía imposibilitada de satisfacer muchos de los reclamos y necesidades de las comunidades. En un documento en el que se hacía un balance de los Cursos de Promotores durante 1970 se exponían los problemas con los que se enfrentaron en distintas comunas:

«Se analizaron las posibilidades de arreglar el camino, pero como las reparticiones oficiales a quienes corresponde en forma directa el problema: Comunas Rurales y Bienestar Social, no lo atendieron en forma debida, la gente lo sintió como despreocupación nuestra también. Esto provocó una caída en el interés que cesó totalmente cuando se analizó el problema de los cupos y la actitud de la gente se expresó textualmente: Si Uds. son del gobierno, hagan que nos devuelvan los cupos y que nos arreglen el camino y si no no vengan... Esos son los problemas que tenemos aquí»<sup>76</sup>.

Tomando en cuenta las dos experiencias analizadas es evidente que ni la dirigencia de FOTIA ni los sectores populares del interior podían o querían aceptar las sutiles diferencias que Risco proponía entre sus políticas culturales y las políticas económicas liberales del mismo gobierno al que pertenecía.

Las dificultades no sólo se presentaron frente a los sectores postergados a los que se dirigían Risco y el Consejo, sino con el mismo gobierno dictatorial, en tanto, sectores conservadores comenzarían a ver con malos ojos los Cursos de Promotores Culturales. Según distintos testimonios, el desencadenante que llevaría a que se le solicitara la renuncia en octubre de 1971 fue la publicación del libro *El campesi-*

munitaria. Pero, por otra parte, ¿cómo no sentirse rechazados por hombres y mujeres que empiezan a descubrir las causas de sus condiciones infrahumanas de vida, las injusticias de una sociedad en cuya construcción nunca tuvieron parte y las impotencias de un Estado cada vez más incapaz de proporcionarles las herramientas indispensables para su «autopromoción»?». Dora Fornaciari, op. cit., p. 5.

<sup>76</sup> «Cultura y desarrollo íntegro de nuestras comunidades campesinas», Consejo Provincial de Difusión Cultural – Secretaría Técnica del Interior, Memorias (Tucumán, 1970), texto reproducido en *Antropología Cultural del Azúcar*, op. cit., pp. 133-138. Estudiantes de orientación democristiana y peronista eran quienes impulsaban los Cursos.

no... en donde como señalamos, se compendia y se detallaba la experiencia<sup>77</sup>. La concepción de cultura que postulaba Risco desde el CPDC, puesta de manifiesto claramente sobre todo en la práctica de los Cursos de Promotores, dotaba a la esfera cultural de una amplitud que terminaba por soldarla con lo político. La dictadura y diversas instancias de la sociedad civil sostenían por el contrario una concepción tradicional de la cultura, imbuida de una sensibilidad integrista y reaccionaria. A este talante se le sumaba la profunda influencia en las filas del Ejército argentino de la denominada Doctrina de la Seguridad Nacional. En ese marco no resultaría extraño que un proyecto pedagógico realizado por jóvenes en zonas rurales en crisis despertara la sospecha de sectores del gobierno.

Pudimos comprobar entonces que Risco expresaba, a través de sus discursos y prácticas, una concepción de cultura en constante asociación y tensión con lo político, y cómo esta concepción, desarrollada desde un organismo oficial, lo ubicaba en una posición compleja en el escenario tucumano, lo que se puso de manifiesto en situaciones de fricción con otros actores: la dirigencia de FOTIA, algunas comunas campesinas y el mismo gobierno dictatorial que lo había nombrado. Esto no hacía más que reflejar las contrariedades a las que se enfrentaban los democristianos en su relación con la «Revolución Argentina», en este caso, a partir del intento de aplicar políticas culturales novedosas en el marco de una dictadura reaccionaria que implementó medidas en materia económica y social que tuvieron graves consecuencias para la provincia.

Por su parte, Tiburcio López Guzmán no ejerció ningún cargo público durante el período 1966-1970. Sin embargo, editó en la provincia la revista política y de información general *Última Línea*, entre noviembre del '66 y enero del '68. Proscriptos los partidos políticos y sin participación en las funciones de gobierno —situación agravada por la actuación de elencos foráneos en la provincia—, un medio de comunicación podía funcionar como un instrumento de mucha utilidad con el fin de alcanzar influencia en los espacios de poder. Los editoriales eran escritos

<sup>77</sup> En el diario *La Gaceta* se especulaba con que el libro «haya resultado demasiado fuerte, en cuanto quebró la idílica y paternalista imagen oficial de la cultura» y agregaba que «la transición no tuvo explicaciones para el público». *La Gaceta*, 31/12/1971.

por el mismo López Guzmán y se podía ver en ellos –así como también en otras notas–, una clara orientación ideológica de tipo socialcristiano y posconciliar<sup>78</sup>.

López Guzmán nació en Tucumán en 1939 y hacia 1966 era una figura reconocida en la provincia como poeta, periodista y gestor cultural<sup>79</sup>. Por otra parte, se encontraba vinculado desde joven a la actividad política: fue presidente de la Liga de Estudiantes Humanistas en 1960 y militaba en el PDC local.

El primer número de *Última Línea* vio la luz en noviembre de 1966, es decir, dos meses después de la designación del gobernador Aliaga García y del cierre de ingenios. En relación a la dictadura, el mensuario se presentaba en ese número inicial como «ni oficialista, ni antioficialista»<sup>80</sup>. En cierto modo, ésta puede considerarse como una expresión acertada, ya que si bien su planteo era el de la necesaria modernización y diversificación agroindustrial de la provincia que la dictadura impulsaba, la revista sería muy crítica con las políticas aplicadas en la práctica, especialmente por las gravísimas consecuencias sociales para los sectores populares.

En aquel número, al tiempo que se señalaba todo lo que aún no se había hecho, la publicación presentaba a la «Revolución Argentina» como «una revolución nacida de indudables y justos reclamos nacionales. [Provinciales, también]», la cual «en última instancia [...] sigue siendo la mejor y la más rápida perspectiva de cambio que haya habido en mucho tiempo». En relación al cierre de los ingenios, se lo calificaba como «prematureo y discutible»<sup>81</sup>. Aunque las críticas van a aumentar a lo largo del año de existencia del mensuario, podría decirse que no se abandonó cierta expectativa en un mejoramiento del rumbo político del gobierno de Onganía. A finales de 1967, por ejemplo, cuando se rumoreaba la posibilidad de un cambio en la cúpula del ejecutivo provincial y la revista notaba cierto movimiento en algunas facciones radicales, socialcristianas y marxistas, se

<sup>78</sup> De todos modos conviene explicitar que la revista no era un órgano oficial de la DC, ni mucho menos: su codirector, Arturo Álvarez Sosa, aunque se hallara empapado también de un «humor» posconciliar, era cercano a la Unión Cívica Radical.

<sup>79</sup> Fue vocal director y presidente interino del CPDC entre los años 1962 y 1963. Desde 1960 participaba de la sección literaria del diario *La Gaceta* con poesías y artículos de crítica. Fue redactor en *La Gaceta* y en el vespertino *Noticias* desde 1961 a 1965, y era desde 1965 corresponsal en Tucumán de *Primera Plana*.

<sup>80</sup> «Las virtudes del príncipe», *Última Línea*, N° 1, noviembre de 1966, p. 7.

<sup>81</sup> «Política. Si muero antes de despertar», *Última Línea*, N° 1, noviembre de 1966, pp. 4 y 5.

decía que: «[...] Tucumán vive, después del incendio, las vísperas de un cambio fundamental en la cosa pública. Puede ocurrir en un mes, en dos o en un año. No es eso lo que importa [...] lo decisivo es preparar el gobierno de Tucumán por los tucumanos»<sup>82</sup>. O podía hacerse recaer gran parte de las responsabilidades en el gobierno provincial, diferenciándolo del nacional<sup>83</sup>.

En definitiva, si se analizan los quince números, podríamos decir que a pesar de las críticas, la revista no parecía proponer otro camino y mantenía esperanzas en una corrección de la política del «onganiato».

Si en todo caso elegimos concentrarnos en las críticas, el núcleo central de las mismas apuntaba a lo que López Guzmán señalaba desde los editoriales como una «acefalía doctrinaria», acompañada de la ausencia de un plan político, que en el caso de Tucumán podía verse sobre todo en la política azucarera aplicada desde Buenos Aires, la cual se había caracterizado por la improvisación:

«si bien el breve lapso de un semestre no basta para un juicio de valor definitivo, sobra en cambio para demostrar la acefalía doctrinaria de la Revolución [...] da la idea de que antes de derrocar al gobierno de Illia, los derrocaadores no estudiaron bien el plan a seguir.

[...] De otro modo se cae –ver intervención a ingenios azucareros– en la más burda improvisación [...] siempre, consciente o inconscientemente, por intuición o deducción, por convicciones propias o consejo ajeno, todo gobierno tiene su filosofía política, su visión del mundo, que lo llevan a decidir por esto y no por aquello»<sup>84</sup>.

En ese sentido va a ser una constante la referencia a la «expoliación» a la que sometía Buenos Aires, «el voraz puerto», al interior, idea que como vimos era un lugar común en las declaraciones de la DCA. López Guzmán va a insistir

<sup>82</sup> «Nuestras Razones. Relevo de guardia», *Última Línea*, N° 14, diciembre de 1967, p. 3.

<sup>83</sup> «[...] algunos repasando el proceso político, cayeron en cuenta de que tampoco es lícito ligar totalmente la suerte de la Revolución con la administración Aliaga, ya que este último sólo a sí mismo y a la impericia de sus asesores puede atribuir numerosas caídas que terminaron de minar su nada sólida figura pública.

[...] la mayoría [...] no solo diferencia claramente la Revolución del gobierno provincial, sino que por añadidura esperan de la Revolución, para que ésta realmente lo sea en Tucumán, una rectificación del rumbo y el relevo de quien [...] no supo estar a la altura». *Ibidem*.

<sup>84</sup> «Nuestras Razones. La espada y la palabra», *Última Línea*, N° 3, enero de 1967, p. 3.

en imputarle al gobierno la no aplicación de un verdadero federalismo, como cuando aducía que «Históricamente, nuestro país fue una asamblea de pueblos: las Provincias Unidas. Y entonces eran casi iguales [...] A la vuelta de los años, el predominio de un sistema liberal capitalista [...] destruyó ese esquema, y a expensas del interior el litoral arrebató a nuestra gente *el pan de cada día*»<sup>85</sup>. Y agregaba: «No hay igualdad entre los pueblos de un mismo país [...] cuando la mera invocación a los resultados económicos de una explotación cualquiera justifica, como en el caso azucarero, su extirpación, sin reemplazo previo y razonado por otras actividades, por una sabia diversificación que evite el inapreciable costo humano del experimento»<sup>86</sup>. Además, en otro editorial, al hacer un balance del primer año de Aliaga, se censuraba el hecho de que el gobierno provincial «es un equipo dependiente a ultranza del poder central»<sup>87</sup>.

Para superar estos trances, que para el editorialista formaban parte de una «guerra secular» entre Buenos Aires y el interior, se hacía necesaria una verdadera articulación a nivel regional en el NOA, teniendo a Tucumán como la provincia que marcará el camino<sup>88</sup>. Esta idea de una apertura a todo el Norte desde Tucumán era «una posición dominante en la élite intelectual socialcristiana»<sup>89</sup>.

Cuando se hacía referencia a las consecuencias de la política azucarera oficial y al tema de la pobreza, el mensuario aprovechaba para cuestionar la verdadera fe católica que el gobierno hacía gala en la faz discursiva<sup>90</sup>. Poniendo en evidencia, como venimos observando también de distintas maneras en Ponsati y Risco, los puntos de confluencia y desencuentro entre la «Revolución Argentina» y el pensamiento socialcristiano posconciliar de estos políticos e intelectuales. En ese sentido, las referencias a la encíclica papal *Populorum Progressio* estaban igualmente presentes en los editoriales<sup>91</sup>.

<sup>85</sup> «Nuestras Razones. Iglesia, Tucumán, cuestión social», *Última Línea*, N° 6, abril de 1967, p. 3.

<sup>86</sup> *Ibidem*.

<sup>87</sup> «Nuestras Razones. El destino de Tucumán», *Última Línea*, N° 10, agosto de 1967, p. 3.

<sup>88</sup> De hecho, el nombre completo de la publicación era: *Última Línea. La Revista del Nuevo Norte*.

<sup>89</sup> Windhausen, Rodolfo, «*Última Línea*: una revista precursora», en: *La Gaceta*, Sección Literaria, 9 de noviembre de 1975.

<sup>90</sup> Ver: «Nuestras Razones. El rostro de la miseria», *Última Línea*, N° 2, diciembre de 1966, p. 3: « [...] la suma de inflación y retracción no han hecho más que multiplicar el número de indigentes [...] desmienten [...] la profesión de fe cristiana que sedicentemente orienta la política del gobierno nacional. Es que la fe, sin caridad, de nada vale».

<sup>91</sup> Ver editoriales del N° 11 y el N° 15.

En estrecho vínculo con aquella crítica por la falta de una doctrina clara que guiara el proceso revolucionario aparecían dos ideas que recorren todo el período en el que la publicación sale a la venta, nociones que de alguna manera se complementaban mutuamente: por un lado, la denuncia por la ausencia de una verdadera clase dirigente en Tucumán; y, por otro, el papel que el mensuario buscaba cumplir en el contexto político provincial.

Desde el primer editorial nos encontramos con la opinión luego recurrente de que los dirigentes tucumanos, ya sean políticos, sindicalistas, intelectuales, profesionales o miembros de la Iglesia, en lugar de buscar la unidad han hecho primar los intereses de facción. Y que así también han caído en la «desidia», dejando a la comunidad tucumana «acéfala» y «adormecida»: «Una muy concreta emergencia histórico-económica moldea la conciencia de que sólo deponiendo intereses sectoriales –ante el peligro exterior– puede haber salvación colectiva [...]. Falta una teleología política diáfana, una fijación de metas [...] que sólo los líderes sociales pueden delinear, desde los diversos terrenos (político, científico, económico, cultural, etc.)»<sup>92</sup>.

En el mismo número se podían leer una entrevista al sociólogo José Luis de Imaz<sup>93</sup>, de visita por Tucumán, y una encuesta a figuras del medio local<sup>94</sup> –profesionales, docentes universitarios, periodistas y/o políticos– a quienes se indagaba tomando como punto de partida la hipótesis de de Imaz de que en nuestro país existían quienes «mandaban» –una «élite funcional»– pero no una genuina «élite dirigente» que conduzca a la comunidad. La revista quería problematizar el sobreentendido de la existencia de una clase dirigente, en este caso, en Tucumán.

La provincia, decía López Guzmán en otro editorial, se encontraba «decapitada, sin tener ya los caudillos de antaño ni los lúcidos intelectuales que otrora supieron defenderla»<sup>95</sup>. Por lo que la necesidad de un sector dirigente unido, que colaborara en convertir a la sociedad tucumana en una verdadera «comunidad organizada», revestía un carácter urgente.

Frente a la sumisión y pasividad de los dirigentes y de las «fuerzas vivas», ya en el primer número se establecía un rol y un objetivo para la revista, al indicarse que «casi la única vía para el conocimiento común –pivote de la comprensión mutua– y para

<sup>92</sup> «Nuestras Razones. La comunidad y su destino», *Última Línea*, N° 1, noviembre de 1966, p. 3.

<sup>93</sup> «Presencia. El caleidoscopio de un sociólogo», ídem, pp. 23 y 24.

<sup>94</sup> «Tabúes. Un pecado de inocencia», ídem, pp. 6 y 7.

<sup>95</sup> «Nuestras Razones. El fin de la aventura», *Última Línea*, N° 4, febrero de 1967, p. 3.

el juicio público, es el ancho foro de la prensa [...] *Última Línea* [...] está consciente de ser [...] parte integrante de esa comunidad que comienza a plasmarse a partir de la desgracia. Tiene fe en el destino común, y contribuirá a forjarlo»<sup>96</sup>. Ante el angustiante panorama que presentaba Tucumán, los modernos medios de comunicación masiva, en general, y *Última Línea* en particular, estaban llamados a cumplir un papel fundamental para ayudar a la provincia, ya que desde la perspectiva de López Guzmán «todo el país mantiene la convicción de que los tucumanos son unos antipáticos holgazanes que viven a la costilla de los demás»<sup>97</sup>, por lo que era necesario revertir con urgencia aquella imagen; persuadir y ganar a la opinión pública: «la punta del ovillo está [...] en la inteligencia y en la eficacia de una campaña concertada para mostrar al país lo que Tucumán es, la multitud de dones que la colman, lo que puede ser»<sup>98</sup>.

Esta postura activa no sólo aparecía en los editoriales. *Última Línea* promovía la diversificación productiva en la provincia, siendo notable la gran cantidad de notas que referían a actividades existentes o que podían desarrollarse<sup>99</sup>. En muchos casos, trataban sobre empresas que publicitaban en el mensuario, lo que no hace más que explicitar dicha búsqueda. De alguna manera, la revista actuaba como portavoz de aquellas industrias.

Estimamos que el mensuario, al denunciar la pasividad de los dirigentes tucumanos y al postularse como «vocero de la comunidad», buscaba alcanzar influencia en los centros de decisión política e intelectual. Por su estilo de redacción y por el mismo contenido de sus discursos, apuntaba a los sectores con poder para aglutinarlos e invitarlos a la acción. Por ello, López Guzmán señalaba, en una editorial de diciembre de 1967:

«lo que Tucumán necesita es que [...] desde sus instituciones representativas comiencen a gestarse equipos cohesionados, con genuina ambición de realizarse, con estudios previos, con visión de lo que el futuro exige. Tucumán tiene esos hombres. Desde los cargos públicos, o desde afuera, con su presencia y asesoramiento, pueden dirigir la marcha. Sólo falta que se decidan, que resuelvan ser hondamente felices»<sup>100</sup>.

<sup>96</sup> «Nuestras Razones. La comunidad y su destino», *Última Línea*, N° 1, noviembre de 1966, p. 3.

<sup>97</sup> «Nuestras Razones. El fin de la aventura», *Última Línea*, N° 4, febrero de 1967, p. 3.

<sup>98</sup> «Nuestras Razones. Al que le caiga el sayo...», *Última Línea*, N° 9, julio de 1967, p. 3.

<sup>99</sup> Las notas se ubicaban en la sección denominada precisamente «Diversificación».

<sup>100</sup> «Nuestras Razones. Relevo de guardia», *Última Línea*, N° 14, diciembre de 1967, p. 3.

Risco Fernández y López Guzmán eran hombres destacados entre los social-cristianos de Tucumán, lo que se evidenció bien pronto con la reapertura de la actividad política partidaria y sus candidaturas para las elecciones de 1973 en las filas del Partido Revolucionario Cristiano<sup>101</sup>. A pesar de que ellos, en la etapa más álgida de la oposición de la DCA a la dictadura, habían elegido rumbos diferentes a los de Ponsati y sus correligionarios, en el caso de López Guzmán, la dirección de un medio de prensa crítico, aunque a la vez expectante por un posible «enderezamiento» del rumbo político del gobierno; y, en el caso de Risco, directamente presidiendo una repartición oficial. Desde esos otros espacios, empero, sus posiciones y discursos no diferían en demasía de los de la opositora DCA.

## CONCLUSIONES

Durante la primera mitad de la década del sesenta el Partido Demócrata Cristiano gozó de una significativa presencia en el espacio político nacional y provincial, al menos en el sentido de que su intento por participar en las elecciones presidenciales de 1963 con un candidato justicialista y los polémicos comicios en los que perdieron la gobernación de Tucumán, hicieron que la mirada de la opinión pública se posara sobre ellos. El hecho de que la propuesta de Sueldo, de una «apertura popular», fuera sólo una táctica electoralista, o respondiera a la doctrina partidaria, o un poco de ambas, dejaba traslucir la intención de algunos dirigentes de no resignarse a continuar como agrupación minoritaria y buscar el acceso a espacios de decisión o de incidencia en el manejo de la cosa pública. Con el peronismo proscrito, el PDC, al igual que otros partidos menores, había adquirido una importante sobrerrepresentación política que lo incitaba a ser más ambicioso en sus pretensiones de protagonismo.

En ese marco el golpe de Estado de 1966 y la irrupción del proyecto de Onganía se presentaron como una chance inigualable de tomar un «atajo» hacia el poder. Sin duda los democristianos no eran los únicos —en el panorama de la política

<sup>101</sup> El Partido Revolucionario Cristiano fue el nombre que tomó la *línea sueldista* de los democristianos tras la vuelta a la actividad partidaria en abril de 1971. Ponsati era el presidente del partido a nivel provincial, Martín Dip su candidato a gobernador, mientras que Risco y López Guzmán se presentaron como candidatos a senador y diputado nacional, respectivamente. A nivel nacional, el PRC formó parte de la Alianza Popular Revolucionaria, junto a fuerzas de izquierda y centro-izquierda.



argentina— que encontraban compatible apelar discursivamente a la democracia y colaborar, a la vez, con una dictadura<sup>102</sup>. Pero en la coyuntura del '66 los notorios puntos de coincidencia ideológica con parte importante del *staff* del «onganiato» les permitieron ubicarse en una posición privilegiada para tender vasos comunicantes con el poder. Tales coincidencias se daban en dos cuestiones relevantes: por un lado, un profundo rechazo tanto del «capitalismo liberal» como del comunismo; por otro lado, la impronta católica que el partido y el régimen compartían, aunque —en general— los democristianos tuvieran un perfil menos conservador.

Sin embargo, el rápido avance de los grupos liberales en el seno del gobierno, fundamentalmente en el manejo de la economía, desbarató parte de los planes de la DC. Frente a una dictadura escindida en lo ideológico en dos líneas muy definidas, los miembros del ex partido actuaron sin cohesión y en forma descoordinada. El dilema sobre qué posición adoptar ante un gobierno con el que se coincidía en algunos aspectos y en otros no, se planteó para los democristianos tanto a nivel nacional como provincial, pero lo hizo con mayor dramatismo en el caso de Tucumán. Esto debido a dos cuestiones: en primer lugar, a que uno de los dirigentes principales de la línea «opositora» al régimen dentro del partido era el tucumano Ponsati, quien mantenía una activa participación en la vida política local; en segundo lugar, a que Tucumán se hundía en una profunda crisis social y económica agudizada por el intento de «modernización» al que la sometía la dictadura.

Como vimos, ante aquella disyuntiva algunos democristianos decidieron rechazar toda colaboración y pasar al campo opositor. Comandados por dirigentes del interior, entre ellos Ponsati, centraron sus críticas contra las políticas económicas liberales y contra el «colonialismo interno» que ejercía Buenos Aires sobre el resto del país. Por otra parte, no dejaron de enrostrarle a la dictadura que aquellas actitudes no eran congruentes con los principios sociales del catolicismo. Todo ello, al tiempo que buscaban solucionar graves crisis internas vinculadas a los reiterados ofrecimientos de cargos a sus militantes por parte de la dictadura, lo que producía un daño profundo en su estructura e imagen pública.

<sup>102</sup> De hecho, la DC había participado —a través de Manuel Ordoñez y Rodolfo Martínez (h)—, junto a un amplio espectro de partidos que habían constituido la oposición al régimen peronista, en la «Junta Consultiva Nacional» de la «Revolución Libertadora».

Otros, en cambio, resolvieron continuar con su colaboración o fueron sumándose en lo sucesivo. Un ejemplo paradigmático fue el de Carlos Imbaud, quien fuera designado gobernador de Tucumán en 1970. Pero hubo muchas otras figuras menos destacadas que también adhirieron a la dictadura, seducidos por las propuestas «comunitaristas» y «participacionistas» del gobierno y por la posibilidad de ejercer cargos públicos de jerarquía. Dentro de las colaboraciones nos interesó especialmente la experiencia de Risco Fernández, ya que como pudimos comprobar su posición no era menos compleja que la de los democristianos opositores: la pertenencia a un régimen con una política económica hostil al bienestar de las clases populares y con tendencias conservadoras en lo cultural, hizo naufragar algunos de sus proyectos. Asimismo, la trayectoria de Risco revela uno de los propósitos del partido a comienzos de los sesenta: hacer pie en las bases sociales del peronismo. Su búsqueda de diálogo con los sindicatos obreros, por ejemplo, representaba una vía de acción peculiar de los democristianos en esa dirección y daba cuenta de una postura mucho más flexible en comparación con la de otros partidos, como la Unión Cívica Radical, que eran reticentes a acercamientos de esa índole.

Finalmente, otros democristianos adoptaron una actitud expectante, sopesando día a día el curso de acción del régimen. Verificamos esto en el caso de López Guzmán y su proyecto periodístico *Última Línea*: crítico con la dictadura, en tanto era testigo de los efectos de la política azucarera en la provincia, pero sin perder la esperanza de que el rumbo político-económico se orientara, en algún momento, hacia una línea afín al ideario socialcristiano. Por otro lado, hay que señalar que el camino emprendido por López Guzmán era diferente al de Risco, no sólo en el sentido de que el primero no se había sumado al gobierno, sino también en el hecho de que su intento perseguía establecer vínculos, más que con los sectores populares, con empresarios, políticos e intelectuales.

No obstante aquellas divergentes vías de acción, las críticas a la dictadura de unos y otros no diferían en lo sustancial, recayendo principalmente sobre los mismos asuntos: la aplicación de políticas liberales en lo económico, el centralismo y la ausencia de políticas federales, el «apresurado» cierre de ingenios y la «improvisación» del plan de diversificación agroindustrial, la vaguedad ideológica y la superficial adhesión a los principios sociales del catolicismo, entre otros. Además, como mencionamos, Ponsati, Risco y López Guzmán participarían en las filas del PRC en las elecciones de 1973, lo que pone de manifiesto que preservaron fuertes lazos personales fundados en una serie de principios e ideas en común.

Recapitulando, pudimos comprobar cómo los democristianos intentaron dar contenido –y quizás orientar– a la «revolución» impulsada por Onganía; y cómo este ideal estuvo lejos de realizarse. El balance final no podía ser sino el de una experiencia frustrante. Aunque el retorno a la actividad partidaria en 1971 insufió nuevas expectativas a la agrupación reconstituida, el aplastante triunfo del peronismo y la nueva lógica que adquirió la política argentina luego del '73 esfumaron por un largo período sus esperanzas de ser grandes protagonistas de la política nacional.

#### **Registro bibliográfico**

AZCOAGA, GERMÁN

«La Democracia Cristiana frente al régimen de Onganía. Un abordaje desde el caso tucumano», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXII, N° 42, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre, 2012, pp. 119-153.

#### **Descriptorios · Describers**

demócratas cristianos / dictadura / Tucumán / azúcar / crisis  
christian democrats / dictatorship / Tucumán / sugar / crisis